



*Gambito
de caballero*



EVIE DUNMORE

Libros de
seda

*Dedicada a mi Tayta,
que inició el zapateado antes de tiempo.*

Capítulo 1

Applecross, Escocia, julio de 1882.

En un mundo dirigido por personas ruidosas, el silencio era un bien escaso. Catriona estaba dispuesta incluso a pagar por él, y conocía todas las formas a su alcance para conseguir algo de tranquilidad. Eso sí, lo que no podía hacer era almacenarla en sus venas para utilizarla más adelante, lo cual era una pena, pues esa misma noche, a las siete, un extraño invadiría su casa.

De momento, había buscado refugio en las frías aguas del lago Shildaig. Ese lago tan escocés, cercano al hogar de su niñez, le llenaba los oídos con el denso silencio de una tumba. Flotaba sobre el agua de espaldas, con el cuerpo pálido y desnudo sobre las oscuras profundidades y los brazos abiertos como si con ellos quisiera abarcar la enorme amplitud del cielo. De vez en cuando, una ola le alcanzaba la cara, dejándole un gusto salobre que le llegaba a la garganta. De haber sabido que su padre tendría un invitado en el hogar familiar durante todo el verano, se habría pensado dos veces acudir a Applecross. Era normal dar por hecho que, en un castillo en medio de la nada, una podría verse libre de las habituales distracciones que acechaban en Oxford, sobre todo de las amigas tan sociables con las que compartía la causa sufragista y el trabajo asociado a ella. O de la extraña sensación de recibir un abrazo al que no se desea responder. ¿Acaso hay algún sitio mejor que este para trabajar en paz en un libro?

La presencia del visitante hacía que se sintiera extraña en su propio comedor. Pero cumpliría con su deber y ejercería de anfitriona, por supuesto. Conocía perfectamente el protocolo de las cinco y veinte: mantener la mirada, componer una media sonrisa y dejar de lado sus verdaderos intereses. Hacer preguntas poco comprometedoras acerca de los viajes del visitante y de sus planes de investigación, y al mismo tiempo mirar de forma discreta el plato

y la copa si el criado no había sido capaz de anticipar sus necesidades durante la comida o la cena. Catriona tenía capacidad para detectar los detalles, de eso no cabía duda, y, por fortuna, eso no era muy habitual en la mayoría de la gente. Pocas personas eran capaces de detectar los verdaderos sentimientos y emociones que escondía tras la máscara social. Tenía claro que el visitante no sería capaz de adivinar que estaba deseando que se marchara.

Se levantó algo de brisa, que hacía temblar la superficie del lago. El frío le llegó a los huesos, y sintió la necesidad de salir del agua. Nadó hacia atrás con brazadas seguras y potentes, sin concentrarse en ellas gracias a que su cuerpo ya se había habituado a nadar en dirección a la orilla oriental del lago. Nunca había encontrado a nadie en la pequeña curva en forma de media luna que dibujaba la orilla en la que había dejado la ropa. Estaba rodeada de una pequeña y, en aquellos parajes, poco habitual zona boscosa, y solo las ovejas y Collins, el guardabosques, conocían el camino que la atravesaba. Ni las unas ni el otro suponían la menor amenaza para la hija de Alastair Campbell, conde de Wester Ross.

Al salir del agua, se le puso piel de gallina, y avanzó deprisa hacia el lindero del bosque. Su ropa seguía sobre la roca en la que la había dejado, sujeta con un grueso volumen de *La Eneida* de Virgilio. Recogió el libro y los lentes con dedos temblorosos. Y en ese momento, notó una presencia a su derecha. Se quedó helada.

Un hombre.

Un hombre bloqueaba el acceso al sendero del bosque.

Sintió una oleada de frío helador en el estómago.

Se tapó las vergüenzas con el volumen de Virgilio; los lentes se le cayeron al suelo. Estaba a cinco metros de ella. Mirándola. Se le aceleró el corazón. Ya la había visto... la había visto entera. Se volvió hacia él con movimientos lentos, como los de un mal sueño. Veía sus contornos algo borrosos, pero identificables y concluyentes: aún joven, rasgos fuertes y definidos, hombros amplios, porte delgado, abrigo ajustado. Estaba en buena forma. Malas noticias. ¡Y no dejaba de mirar! Con esa expresión de asombro inmemorial que surge en un rostro cuando se abren las puertas de una catedral y nos impresionan las alturas mareantes y el gusto polvoriento de lo eterno... Eso debería haberla tranquilizado, si no fuera por los prismáticos que descansaban sobre el pecho del individuo. Sintió una enorme oleada de calor en todo el cuerpo.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —le espetó con tono frío y cortante. El hombre salió del marasmo como si hubiera despertado de un hechizo. Volvió la cabeza de inmediato.

—Usted es... una mujer —musitó con tono de vago asombro.

—Una observación ciertamente sagaz, caballero —observó una incrédula Catriona.

El joven hizo un ruido con la garganta, una especie de risa ahogada.

El pulso que le golpeaba las sienes parecía estar a punto de perforárselas.

—Veo que se divierte —dijo—. Qué otra cosa podía esperarse de un mirón pervertido y cobarde.

Trastabilló, como si le costara mucho esfuerzo no volverse de nuevo hacia ella.

—No era eso lo que hacía... no soy un mirón.

—¿Me está diciendo que, mientras paseaba por la orilla, no me ha localizado en el agua, no ha utilizado los prismáticos para asegurarse de que era una mujer desnuda y, para terminar, no se ha escondido en el bosque para espiarme cuando saliera del agua?

El tono de su voz se había ido afilando con cada palabra. Al final, de haber sido esta un cuchillo, el cuerpo del joven hubiera acabado en el suelo, hecho lonchas finas y perfectas. Echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Lo que dice parece indicar que ver a una mujer sin ropa es algo extraño y difícil de encajar —razonó—. Es usted encantadora, señorita —añadió—, pero no tiene usted nada que no haya visto antes.

Sintió pinchazos en las mejillas, como si la hubieran abofeteado.

—Entonces... ¿por qué sigue ahí de pie...? ¡Ah! —gritó.

Su quejido hizo que el extraño se volviera hacia ella, justo en el momento en el que un golpe de viento arrastró hacia él un prenda suave y transparente. ¡Demonios! La ropa interior, ligera como una tela de araña, había levantado el vuelo por la brisa.

—¡Maldita sea! —Se lanzó hacia delante y logró atrapar una media. Echo una rápida mirada hacia un lado. El individuo, en cuclillas, tenía sujeta la camisola, como si la hubiera atrapado al vuelo y la prenda hubiera aterrizado como un gato enorme. Localizó los pololos, que descansaban sobre un arbusto... tenían que ser los pololos, ya que vio unos lacitos rosas moviéndose de forma traviesa gracias al viento ligero.

—¡Ni se le ocurra tocar eso! —siseó.

El individuo levantó los brazos por encima de la cabeza.

La camisola ondeaba en su mano como una bandera blanca.

—Debería marcharse de aquí ahora mismo —sugirió sin dejar de apretar los dientes.

—Desde luego —coincidió—. Déjeme ver...

Se volvió sobre sí mismo, posó la mirada en el árbol más cercano y, con bastante destreza, anudó al tronco la camisola.

—*Voilà!* —dijo, y estiró los dedos—. No volverá usted a verme en toda su vida.

Sin mirar atrás, echó a andar hacia el bosque a buen paso.

—¡Ya casi me he volatilizado! —gritó justo antes de que su elegante figura dibujara una curva del camino y desapareciera.

Se quedó apoyada sobre la piedra, con la espalda curvada hacia delante, casi incapaz de tragar saliva por el nudo que se le había formado en la garganta. Ahora el camino estaba desierto y el bosque en silencio, como si el hombre nunca hubiera estado allí. Pero había sido de lo más real. Era como si su mirada, que había deambulado casi perezosamente por su cuerpo, hubiera dejado un rastro y permaneciera pegada a ella de algún modo. No había cedido al instinto de revolverse y cubrirse los pechos; en cualquier caso, él ya había visto todo lo que había que ver, y seguramente le habría causado satisfacción comprobar su vergüenza.

Rescató los lentes que habían sobrevivido a la caída sin sufrir daños. Se los puso y la figura del castillo de Applecross quedó enfocada, recortada sobre la altiplanicie de la otra orilla, con las viejas torres de piedra resaltando contra el excepcionalmente claro cielo azul. En esa zona, al otro lado del lago, la distancia hasta su casa era considerable. Hizo acopio de energía y se apresuró a recoger del árbol la camisola. El mirón había hecho un tenso nudo con ella. «*Voilà!*». ¿Sería seguro volver andando a casa? Lo cierto era que el tipo podría estar acechándola entre la espesura para atacarla. Volvió a mirar hacia el castillo. Algo menos de un kilómetro de camino suave y ondulado. Tomó la decisión con mucha rapidez: prefería arriesgarse con el agua para evitar al hombre. De vuelta en la gran roca, dejó la camisola en el suelo y agarró el chal, que estaba bajo el vestido, se lo enrolló alrededor de la cabeza y lo sujetó con un alfiler del pelo. Le dio unos golpecitos al libro de Virgilio.

—Te recogeré más adelante —dijo a modo de disculpa.

El lago engulló su cuerpo como un gran puño frío.

Cuando alcanzó la orilla que estaba frente al castillo se sentía del todo exhausta, sin apenas poder mover brazos y piernas. La planicie rodeaba la playa como una pared protectora, así que se tomó unos instantes para recuperar el aliento. Envuelta en la tela de tartán, se apresuró a subir los escalones que su antepasada había excavado en la roca. Pasó por delante de matojos que crecían en desorden, y de una casa de campo ahora en ruinas sin apenas ver nada. Se deslizó por la entrada lateral que daba a la bodega y subió por la escalera de caracol, llena de telarañas, hasta tres pisos. En el último descansillo, empujó con el hombro la puerta del servicio y se precipitó a su habitación.

Se oyó un grito.

MacKenzie se había llevado el puño al pecho y miraba a Catriona con los ojos muy abiertos, como si fuera uno de los fantasmas del castillo.

—Milady, por poco me muerdo del susto.

Catriona pasó a su lado al dirigirse a la butaca cubierta de mantas de tartán. Tenía los pies entumecidos. Se sentó sobre las mantas y se cubrió con ellas mientras su antigua niñera, reconvertida en doncella personal, la miraba con una mano apoyada en la recia cadera. Tras más de treinta años formando parte del servicio del hogar de los Campbell, Mackenzie estaba acostumbrada a comportamientos en extremo excéntricos, pero lo de aparecer cubierta con un chal de tartán como única vestimenta era una novedad absoluta, y desde luego inaceptable. «Lo siento, MacKenzie», pensó Catriona sin decirlo en voz alta. Cruzar el lago teniendo que transportar además el peso adicional de la ropa interior empapada habría sido una temeridad.

Sin dar tiempo a que MacKenzie preguntara por su ropa, Catriona se adelantó.

—¿Sabe si el conde ha contratado un nuevo guardabosques?

La cara de consternación de MacKenzie dio paso a una de preocupación.

—Un nuevo guardabosques... —repitió con su habitual y muy cerrado acento irlandés—. No sabía que hubieran prescindido del viejo Collins.

Catriona se removió inquieta.

—Ni se me ocurriría hacerlo.

Ni su padre tampoco, ahora que lo pensaba. En tal caso, ¿por qué el individuo llevaba prismáticos?

Prácticamente no sentía la cara. La habitación hexagonal situada en lo alto de la torre sur, pese a los gruesos tapices que cubrían las paredes y a las alfombras persas que protegían el suelo, nunca se templaba, y no hablemos de calentarse. No obstante, el miedo a ser observada aún habitaba en su pecho como un carámbano.

—Debería darse prisa —dijo Mackenzie, señalando con la cabeza la bacinilla de cobre que estaba frente al hogar y humeaba formando círculos de vapor en el frío aire de la habitación—. Ha llegado el invitado de su señoría.

—¿Cómo? ¿Ya?

El reloj cercano a la puerta informaba de que aún no eran las tres de la tarde.

Mackenzie frunció los labios.

—Ha llegado temprano. Escasos modales, si es que se me permite decir tal cosa. Todo el mundo está algo agitado. Pero la bañera está preparada para usted.

—¡Santo cielo! —musitó Catriona entre dientes. Los cambios de planes repentinos le resultaban mareantes..., y eso en sus mejores días—. ¡Oh! —exclamó al cabo de un momento—. ¡Oh, no! ¡No puede ser!

Se sintió fatal, como si se le hubiera parado el corazón.

—No se preocupe —dijo MacKenzie en escocés. La voz le llegó como si estuviera muy lejos—. El conde acaba de regresar, estaba con los Middleton. No sé si sabía usted que se están separando... los Middleton, quiero decir. Pero ya le digo, su señoría ha regresado y atenderá al caballero hasta la hora de la cena. Todo va bien.

A MacKenzie le resultaba fácil decir eso. No se había encontrado con el extraño en el lago... estando sin ropa.

—Arrastra las erres... —gimió.

—¿Cómo dice?

Escondió la cara entre las manos.

—¡Qué desastre!

—Si se baña ahora, estará lista en un rato, con tiempo de sobra. —MacKenzie utilizó el tono suave que solía emplear cuando Catriona estaba enferma.

Levantó la vista para mirarla. Se sentía muy mareada.

—¿El invitado salió a pasear por la finca después de instalarse?

La lógica era implacable: la probabilidad de que hubiera dos extraños en Applecross al mismo tiempo era de lo más remota. De no haberse sentido tan sorprendida, ni tan segura de que iba a llegar a las siete, se habría dado cuenta de lo que pasaba, e incluso lo habría previsto.

—No sé si el caballero ha salido a pasear —dijo MacKenzie. Abrió el cajón de arriba del armario cercano a la chimenea para sacar un par de toallas—. Cuando Mary me dijo que estaba ya aquí, vine a preparar el baño y su ropa.

Estando MacKenzie vuelta de espaldas, Catriona se levantó, se quitó el chal húmedo y se introdujo en el agua tibia de la bañera.

—¿Qué aspecto tiene el invitado? —se vio obligada a preguntar.

MacKenzie colocó las toallas en un taburete cercano a la bañera y se incorporó con un pequeño quejido.

—No lo he visto todavía —respondió—. Mary me ha dicho que ha traído un baúl lleno de botellas de vino, y que cargó con él desde el carruaje sin ayuda de nadie.

Tendría que haberlo preguntado cuando el conde anunció la visita, pero no lo hizo, frustrada como estaba por el hecho en sí. Sabía que era un experto en cultura fenicia oriental, especialmente del Líbano, y que había pasado varios periodos en Cambridge. Era uno de los muy numerosos investigadores internacionales que realizaban intercambios académicos con las universidades de Oxford y Cambridge y, al parecer, la persona concreta que Wester Ross necesitaba para que le ayudara a catalogar algunas de las piezas arqueológicas procedentes de Oriente Medio una vez de vuelta en Oxford. «*Voilà!*»... ¿Y si en realidad había dicho *wallah*, una palabra árabe, y no «*voilà*» en francés, y ella lo había malinterpretado con la conmoción del momento? «*Voilà!* No volverá usted a verme en toda su vida». Bueno, ya veríamos...

—Menudo día —dijo con tono neutro.

—Volveré para peinarla dentro de media hora —informó MacKenzie. Salió de la habitación con una cojera que antes no tenía.

Catriona se la quedó mirando, olvidándose por un instante de la escandalosa situación en la que estaba envuelta.

Mientras que su padre empleaba su atención y su tiempo en acoger invitados académicos, el castillo se desmoronaba a su alrededor. Las malas hierbas avanzaban sin control, y las personas encargadas de su cuidado

y mantenimiento cada vez tenían que estar más pendientes de sus propias enfermedades y cuitas. El intento de venderle unas tierras al vecino, el barón de Middleton, que habría aliviado algo la maltrecha economía de los Campbell, terminó fracasando en primavera. Por eso no dejaba de morderse las uñas. Al fin y al cabo, era responsabilidad tanto del conde como suya gestionar Applecross, pero ambos eran igual de incompetentes en lo que se refería a trabajar con administradores y contables. Casi siempre justificaban la falta de interés con su brillantez intelectual. ¿Quién es capaz de sacar tiempo para estudiar los libros de cuentas e interpretarlos, si uno está trabajando sin descanso para contribuir a la producción de conocimientos y para mejorar los derechos de las mujeres? No obstante, ella también estaba fallando últimamente en las tareas intelectuales. En la estantería de debajo de la ventana se acumulaban un montón de libros. Ya los había reordenado varias veces en busca de inspiración y ánimo. Tras firmar como coautora un montón de artículos académicos y publicaciones con Wester Ross, por fin se había sentido capaz de escribir su propio libro, sobre un tema de su propia elección, pero en lugar de la pasión que esto debiera haber desatado en ella, lo que sentía en realidad era un inquietante e inesperado vacío. Escribir sin pasión era como intentar obtener agua estrujando una piedra. Pasaban las semanas y el pozo seguía seco. Así que ya no tenía ninguna excusa válida para dejar que Applecross decayera hasta convertirse en una ruina.

Agarró la manopla que flotaba en la superficie del agua y se la pasó por los brazos y el cuello. También se restregó el pecho: un pecho que alguien había contemplado sin el menor impedimento ni recato. No era delgaducha, aunque tampoco voluptuosa. No obstante, tenía unos pechos de tamaño considerable en relación con su estructura corporal. Los vestidos ajustados lo disimulaban. Pero ahora ya había un hombre que lo sabía. En el pezón izquierdo, el arete plateado que lucía brilló con el rojo resplandor del fuego de la chimenea. ¿Habría alcanzado a ver la íntima joya? Durante un instante se pasó la mano por la curva del pecho. Soltó el aire e introdujo la cabeza en el agua.

Todavía tenía la densa cabellera negra húmeda cuando, una hora después, descendía las escaleras en dirección a la planta baja. Se había sujetado el moño con tanta fuerza que casi le dolía, aunque apenas lo notaba. El momento de la verdad estaba muy cerca. Al escuchar las voces masculinas

que llegaban desde el estudio de su padre se le hizo un nudo en la garganta. «Sonríe y saluda con simpatía... ¡Hola! ¿Cómo está!», se dijo a sí misma. Entró en el despacho con el corazón latiendo a toda velocidad. Su padre estaba a la izquierda, delante de la pared con estanterías llenas de libros. Su corpulenta figura casi tapaba por completo al invitado que se encontraba frente a él. Ambos hombres se inclinaban sobre un libro que el conde sujetaba entre las manos.

Su padre oyó sus pasos, se volvió hacia ella y agarró los lentes.

—¡Ah, Catriona! ¡Qué bien que estés aquí! No esperaba verte hasta la cena.

—Hola, padre. —La voz le salió baja e insegura. El extraño que estaba al lado de su padre tenía el pelo oscuro y rizado. Bastante joven. Hombros anchos, aunque delgados.

El conde se hizo a un lado.

—Permíteme que te presente a nuestro invitado. El señor Elías Khoury. Señor Khoury, mi hija, lady Catriona.

La sorpresa del extraño hizo que se estremeciera y sintiera calor en el rostro. Intercambiaron una mirada fugaz, como si el hecho de que fuera más larga pudiera provocar una llama capaz de dar lugar a una deflagración.

El duque, al darse cuenta de que no se saludaban, los miró a ambos, lo cual hizo reaccionar a Elías Khoury, que se llevó la mano derecha al corazón.

—Es un placer, milady.

Tenía una voz áspera. Por su parte, Catriona se había quedado muda, con la garganta cerrada. En el momento en el que se habían cruzado sus miradas, Catriona había sentido una punzada en el estómago: los ojos del extraño eran del color del cielo escocés cuando se junta con el océano, un mosaico líquido de tonos azules y verdes, iluminado por los rayos del sol. En su profundidad había brillo, no le cupo duda. El brillo. Ya lo había visto antes, tres veces para ser exactos, y en tres especímenes humanos distintos. Las tres veces le había hecho sufrir. Y ahora lo volvía a ver. En la mirada del nuevo colega de su padre. La verdad es que no ayudaba nada que fuera guapo, que estuviera recién afeitado, que tuviera la piel suave y bronceada, y unos rasgos tan simétricos que sin duda habrían complacido a da Vinci. Tampoco ayudaba, de ninguna manera, el hecho de que ya hubiera puesto las manos sobre su ropa interior.

Capítulo 2



Sus conocimientos del folclore y la tradición popular de Escocia eran escasos, pero las dudas de Elías, fueran las que fuesen, habían desaparecido. La *selkie* no era una *selkie*... La fascinante criatura del lago era un ser humano, sin duda una mujer, como tan torpemente había exclamado en su presencia, que en ese momento estaba horrorizada por el hecho de volver a verlo. Y, para completar el cuadro, hija del profesor al que quería poner de su lado y, a ser posible, fascinar profesionalmente hablando. Magnífico. De entrada, miró hacia la lejanía, como si siguiera sin estar vestida. Como si eso le impidiera captar sus... curvas. Un rostro que brillaba como la luna llena. Un cabello negro, aún húmedo, que caía en cascada hasta las generosas caderas en una densa maraña. Notaba la nuca caliente y pulsátil, como si se hubiera hecho daño. Catriona. Era real. Estaba delante de él. Y no podía borrar las palabras que le había dicho: «No es algo que no haya visto antes». ¡Que el diablo lo llevara!

—El señor Khoury viene muy recomendado por el profesor Pappas —dijo el también profesor Campbell, sin la más mínima compasión por la incómoda atmósfera que se había generado en el estudio—. Se va a encargar de clasificar las piezas de la colección Leighton, que están en el Museo Ashmolean.

El suspiro de lady Catriona fue profundo y audible. Compuso una sonrisa superficial en su pálido rostro.

—Encantada de conocerle, señor Khoury —dijo con tono agradable y como si no lo conociera. Pronunció el apellido sin dificultad—. Espero que su viaje se haya desarrollado sin incidentes.

—Ni el más mínimo, gracias —contestó, imitando su tono—. Tanto que llegué demasiado temprano, lo cual seguro que ha causado inconvenientes al servicio. Ruego que acepte mis disculpas, señora.

Notaba tensión en la mandíbula. Con un mínimo susurro de la dama a su padre, la misión que quería llevar a cabo terminaría antes de empezar. Le resultaba muy difícil interpretar a la joven, allí de pie, quieta y pálida como una estatua de mármol. La ninfa había desaparecido. Unas lentes redondas se apoyaban sobre el puente de la nariz. Sus rasgos eran bastante normales y agraciados, por supuesto, aunque transmitían una sensación de calma que hacía que su apariencia fuera extrañamente atemporal. Con el vestido de cuello alto que llevaba y la raya del pelo tan recta que parecía haber sido delineada con un cuchillo afilado, su aspecto era el de una solterona británica que solo se interesaba por los libros. No obstante, podía resultar atractiva en caso de que a uno le gustaran las mujeres distantes y tan reservadas que parecieran invisibles. Algo que, en ese momento de su vida, no era su caso.

—Cuando llegó el señor Khoury yo estaba en casa de los Middleton —informó el conde a su hija—. ¡Mira por dónde!

—¡Vaya! —se lamentó Catriona. Sus ojos parecían cristales, claros pero inexpresivos—. Espero que encontrara alguna forma de pasar el rato, señor Khoury.

—Se puso a hacer cosas por iniciativa propia —dijo el profesor, al tiempo que cerraba el libro sobre mosaicos bizantinos que le había estado mostrando a Elías—. Salió a pasear por la hacienda. Al parecer le entusiasma observar aves.

—¡Qué agradable! —dijo lady Catriona en tono anodino.

Elías juntó las manos en la espalda y dijo lo que tenía que haber dicho hacía unas tres horas.

—Esperaba ser capaz de ver en acción un águila pescadora gris sobre el lago.

—Por desgracia se extinguieron hace tiempo, incluso en zonas tan noroesteñas como Applecross —dijo el profesor Campbell frunciendo el ceño. A diferencia de su hija, su cara era vivaz y expresiva. Las líneas que salían de sus inteligentes ojos grises indicaban que tenía el hábito de sonreír y entrecerrarlos—. No le he preguntado si logró ver algo interesante.

La postura de la dama se volvió tensa como un arco preparado para disparar flechas. Tuvo claro a quien irían dirigidas.

—No, nada de interés —respondió Elías—. Si le digo la verdad, ya no soy capaz de recordar nada de lo que haya visto.

El conde parpadeó.

—Ya... Bueno, su viaje ha sido muy largo. ¿Cuánto ha tardado? ¿Cuatro días, quizá cinco?

—Cinco hasta Gran Bretaña, señor. Y otros dos para llegar a Applecross.

—¡Una semana entera! Sí que ha sido largo, sí. ¿Prefiere quedarse en el salón de fumadores hasta la hora de la cena? Mis colecciones seguirán aquí cuando se sienta más descansado. —El conde señaló con un gesto las estanterías abarrotadas de tomos amarillentos que versaban sobre las eras pretéritas del Oriente.

Seguro que el tabaco le vendría bien para relajarse, pero un verdadero erudito sin duda daría prioridad a la observación de los libros antiguos, así que Elías no lo dudó.

—Delante de un libro sobre el Imperio Romano de Oriente nunca me sentiré cansado.

Los ojos de Wester Ross brillaron de inmediato.

—Estoy muy de acuerdo. —Sorprendió a Elías volviéndose hacia la dama—. ¿Te apetece unirse a nuestra conversación? Mosaicos de pared bizantinos del siglo sexto.

La joven negó inmediatamente con la cabeza, pero movió los labios durante unos instantes sin emitir sonido alguno antes de que pronunciara alguna palabra.

—Tengo que trabajar en mi libro.

—Muy bien —aprobó el profesor—. Adelante con ello.

—Le diré a la cocinera que haga traer un refrigerio —dijo, y volvió los ojos con cautela hacia Elías—. ¿Prefiere té o café, señor Khoury?

«Licor, si no le importa», pensó. La situación era realmente ridícula. Todo podía haberse evitado de no haber intentado a toda costa ser puntual con el fin de demostrar su fiabilidad. Dado que los británicos pensaban que la gente del Este no era sensible al buen uso del tiempo, le había dado al profesor Campbell una hora de llegada con la que hubiera podido enjugar pequeños retrasos durante el viaje, en caso de que se hubieran producido. Pero todo se había desarrollado sin retrasos, con puntualidad británica, y había llegado muy temprano, mostrando un exceso de celo de lo más prusiano. El ama de llaves no se había separado de él, dando vueltas a su alrededor como una cabra asustada. Después surgió del lago la mujer desnuda, que no resultó ser una ninfa, sino nada menos que la señora de la casa.

—Té, por favor —dijo, seguro de que esa iba a ser la elección del conde.

—Que traigan una tetera, querida —confirmó el profesor.

La dama agachó la cabeza. Elías se dio cuenta de que la estaba mirando con demasiada fijeza, como si los ojos hubieran cortado la comunicación con la zona racional del cerebro y pretendieran adentrarse más allá de la gris y sombría apariencia de la dama antes de que saliera de la habitación. De forma inopinada, le lanzó una mirada penetrante que pareció atravesar con precisión quirúrgica su traje, de confección y estilo del todo británicos, como si tuviera la intención de estudiar a fondo tanto su anatomía interna como los planes y secretos que no deseaba compartir. Se sintió desnudo por un momento y, sin apartar los ojos, le dirigió una sonrisa bastante descarada. Se marchó de inmediato, mientras la charla del profesor Campbell se mantenía como un ruido de fondo sin ningún contenido. ¿Cómo demonios iba a ser capaz de compartir toda una semana de cenas juntos? ¿Y sin despertar las sospechas del conde? Se sentía capaz de controlarse a sí mismo, solo un chiquillo o un estúpido pondría en riesgo un buen trabajo por culpa de una mujer, pero la dama... tenía todo el aspecto de ser impredecible y, por tanto, muy peligrosa.

Al dirigirse al comedor principal para cenar, Elías ya se había formado una opinión acerca del castillo de Applecross. La casa y la hacienda eran el paradigma de la mala administración que solía asociarse a las familias británicas ricas de toda la vida; un cuadro de gloria decadente muy típico de las grandes familias de la nobleza de las islas. En la habitación de invitados que ocupaba, el viento llegaba directamente y con fuerza a los cristales de las ventanas. Las paredes de piedra desnuda de los largos pasillos provocarían en invierno un frío capaz de hacer temblar los huesos. Y aunque tanto la decoración como el mobiliario eran caros y de calidad, todo estaba un poco polvoriento, un poco deteriorado, un poco gastado en los bordes, después de haber sido usado a lo largo de uno o dos siglos sin ninguna renovación. En una mesa baja del vestíbulo principal había un tablero de ajedrez cuyas piezas estaban colocadas a dos jugadas del jaque mate. En el comedor, la iluminación de la mesa la aportaba una enorme lámpara de rueda de carro tachonada de velas, en lugar de una araña de techo. No cabía duda de que la hacienda tenía un enorme potencial, pero parecía

que sus dueños ni siquiera sabían cómo mantenerse a sí mismos. El conde de Wester Ross, uno de los más eminentes arqueólogos europeos, el mayor experto en las culturas del Mediterráneo Oriental, necesitaba urgentemente un corte de pelo y un buen afeitado, y la americana de *tweed* que vestía había sido remendada bastantes más veces y en más lugares de lo que resultaba presentable. Su aire de despiste dejaba a las claras que ni se daba cuenta de que los agujeros causados por las polillas estaban al alcance de la vista pública. Elías, con su atuendo perfecto y formal, superaba en elegancia al anfitrión, pero estaba claro que la nobleza local disfrutaba del privilegio de vestir impunemente americanas zurcidas y con agujeros. Si las llevara alguien que no formara parte de ella, sería considerado pobre y de baja cuna.

Lady Catriona se sentaba frente a Elías, protegida por una vieja capa de tartán escocés y un velo de estoico silencio. Su pálido rostro emitía de vez en cuando destellos dorados a la luz de las velas. La verdad es que le sorprendió que se uniera a ellos en lugar de fingir una mínima indisposición. En el lago se había encarado con él presa del valor fatalista de una reina a punto de entrar en combate.

—De momento, ¿qué le está pareciendo Escocia, señor Khoury? —preguntó el conde. Estaba sentado en la cabecera de la mesa, a la izquierda de Elías, dando cuenta del plato de sopa con verdadero apetito.

—Me está gustando mucho —contestó—. En mi tierra natal también se ve el mar desde las montañas, como ocurre aquí en Applecross.

—Mmm... —masculló el conde con la boca llena—. Entonces aquí se va a sentir como en casa.

No pensaba llegar a ese extremo.

—¿Es una bandera jacobita lo que he visto al venir al comedor? —preguntó cambiando de tema—. En un marco, encima de la escalera principal.

—¡Bien! —Wester Ross parecía encantado—. Bien visto. Pero no se lo diga a los ingleses. Ni a otros miembros del clan Campbell.

—Mi conocimiento de la historia de Escocia es limitado —dijo Elías. De hecho, todo lo que sabía lo había aprendido gracias a un libro comprado en Marsella, con prisas y en el último momento, y que había leído por el camino. Si se hubiera saltado el capítulo sobre el folclore marino y las *selkies*, seguramente no habría mirado a la atractiva y bien formada hija del conde como un perverso. Se aclaró la garganta para

alejarse en lo posible el recuerdo—. De hecho, pensaba que los Campbell apoyaron notoriamente al gobierno y se enfrentaron a las rebeliones jacobitas.

—Así fue, sí —confirmó el conde—. No obstante, dos líderes del clan Campbell se unieron a los jacobitas, y mi familia procede de uno de ellos. Creo que esa es la razón por la que consideramos a esta ventosa península nuestro verdadero hogar, en vez de la gran hacienda de Argyll —dijo riendo entre dientes—. La bandera procede del primer levantamiento, y tiene casi ciento setenta años. La mantenemos casi como una reliquia arqueológica que me imagino que pone de manifiesto nuestra innata devoción por los tiempos pasados... Además —miró a Elías por encima de los lentes—, como recuerdo de los problemas que hubo entre la gente de las Tierras Altas. ¿Enfrentarse unos contra otros cuando un enemigo poderoso y común está a nuestras puertas? No repitamos errores absurdos, eso es lo que nos recuerda esa bandera.

Elías se preguntó si el conde y su hija serían católicos, como los jacobitas. En ese momento, sintió que los ojos azules de lady Catriona se posaban en él, furtivos y cautelosos como las patas de una gata. Notó que la piel se le recalentaba, sin que pudiera explicar muy bien el porqué. Posó la mirada en ella con la misma precaución con la que se coloca la yema del dedo sobre una estufa para ver si calienta sin quemarse.

Lady Catriona se apretó aún más el chal de tartán que llevaba sobre los hombros.

—¿De dónde es usted exactamente, señor Khoury? —preguntó.

La joven había aprendido la técnica de mirar a las personas evitando sus ojos por un pelo.

—De Zgharta —contestó—. Es una aldea de montaña que está a dos horas de la costa, desde Trípoli.

Asintió como si dominara la geografía de la zona.

—¿Ha viajado desde Trípoli?

—No, desde Beirut a Marsella. Desde allí, ferrocarril, carruajes y el transbordador a Dover.

—¿Se ha visto afectado su viaje por el ataque que se produjo en aguas de Egipto?

Generalmente no se sentía inseguro en las conversaciones, pero en este caso sí que lo estuvo.

—La semana pasada, la armada británica empezó a bombardear Alejandría —informó la dama, interpretando erróneamente su silencio. Elías sabía muy bien a qué se refería.

—No, mi viaje no se ha visto afectado —dijo por fin.

Hablar de política en una mesa compartida con extraños, y más si eran extranjeros, era un tabú social, y resultaba sorprendente que la joven lo hubiera violado de una manera tan manifiesta. El dominio de la etiqueta era una de las características esenciales de toda dama británica que se preciara. En ese momento, por si fuera poco, creyó notar que se mostraba ligeramente decepcionada por el hecho de que no se hubiera enganchado en la conversación. Agarró la cuchara y volvió a concentrarse en la sopa. Dio un trago de vino para así no estar en condiciones de decir algo imprudente que volviera a atraer su atención.

—Estoy encantado de que haya traído una caja entera de este vino —dijo el profesor con entusiasmo—. Es un tinto excelente. —Alzó la copa en dirección a Elías. En la vieja copa de cristal, el vino refulgía como si se tratara de rubíes en estado líquido—. ¿Me recuerda la bodega que lo elabora, por favor?

—Château Ksara. De la Bekaa.

—¿Has oído, Catriona? —dijo el conde—. Encontraron un trullo de tamaño industrial cerca de Sidón, en Tell el-Burak. Fenicio. De casi tres mil años de antigüedad.

Alzó la vista.

—Sí. He leído el artículo.

—A mi hija no se le escapa nada —indicó el conde dirigiéndose a Elías, con los ojos brillantes de orgullo—. Y tampoco se olvida de nada.

Estaba claro que mostrar admiración por la erudición de su hija agradaría sobremanera al conde. Elías aprovechó la oportunidad para mirarla impunemente y dirigirse a ella.

—Milady, antes ha mencionado que estaba trabajando en un libro.

Se puso tensa de inmediato.

—Sí.

No dejó de meterse cucharadas de sopa en la boca hasta que intervino su padre.

—¿Has progresado algo?

Apretó los labios con fuerza.

—Necesito un poquito más de tiempo.

—¿Sobre qué está escribiendo? —la animó Elías.

—Todavía no lo sé —dijo con tono neutro—. No sé sobre qué estoy escribiendo.

—Llegar a una idea interesante implica un tiempo de maduración —explicó el conde—. Si la fruta se recoge antes de lo debido, estará dura e insípida. —Volvió a llenar la copa—. En esta casa siempre apoyamos la investigación erudita, y la rumia y la decantación forman parte del proceso investigador, aunque a un observador poco entrenado ese comportamiento le parezca ocioso. ¿Está usted de acuerdo, señor Khoury?

—Ni que decir tiene —constató enfáticamente—. ¿Ha escrito usted algún otro libro antes, lady Catriona?

—No, ninguno —contestó con calma forzada.

Ocultaba los ojos tras el potente reflejo de las velas sobre los lentes. Aunque quizá fueran sus ojos los que lanzaban llamas en dirección a él.

—¿Ninguno, dices? —preguntó el conde frunciendo el ceño—. Has escrito una antología completa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. La de las mujeres que han ejercido cargos de poder.

—Padre, no la terminé.

—Es curioso, se me debe de haber borrado de la memoria.

La expresión hermética de la joven se suavizó.

—Bueno —dijo—. Estás ocupado en proyectos de gran envergadura.

—El tiempo pasa deprisa, y a veces me olvido de ello.

Los criados surgieron de las paredes y recogieron los platos soperos vacíos. Se abrieron las puertas principales de acceso y entraron otros dos criados portando el siguiente plato principal. Al abrirse las puertas, penetró desde el antecomedor una corriente de aire bastante potente. Durante unos momentos nadie dijo una palabra, y el silencio solo se interrumpía con el ruido del chocar de la plata vieja de los cubiertos con la exquisita porcelana china de los platos y el ruido del corcho al abrirse una nueva botella de vino. Elías, educadamente, elogió la apenas aderezada pierna de cordero.

—Sírvese más —insistió el conde. Miró a su hija, que arrancaba metódicamente briznas de carne, escasamente sazonada—. Ciertamente, no terminaste

esa antología —confirmó asintiendo—. Ahora lo recuerdo, pero aún no acabo de entender el porqué.

Lady Catriona soltó los cubiertos para agarrar la copa de vino. El chal se le abrió, revelando un cuello largo y redondeado, así como las elegantes y aladas líneas de sus clavículas. Elías alzó los ojos hacia la pared que la joven tenía detrás, y se encontró con la adusta mirada de un noble escocés. Le pareció escuchar el suave sonido de la garganta al tragar. Se sintió algo torturado al resistir la tentación y mirar hacia donde debía para seguir las normas de cortesía social y no hacia la figura de la joven.

—El libro carecía de sentido —indicó finalmente. Elías vio que la copa estaba casi vacía.

—Vamos, vamos... —protestó su padre—. Tu trabajo siempre es excelente. ¿Por qué no lo depuras y completas, en lugar de empezar algo nuevo?

—Padre, no creo que sea adecuado aburrir al pobre señor Khoury con mis fallidos intentos académicos.

—Nada de usted podría aburrirme —dijo Elías. ¡Vaya por Dios!—. De lo que usted diga...

La dama suspiró con suavidad.

—De acuerdo —dijo—. Hace unos años, empecé a elaborar una antología para recopilar los logros de mujeres que ejercieron el poder, empezando por la Antigüedad.

—Mujeres que ejercieron el poder... —repitió—. ¿Cómo por ejemplo...? Alzó la barbilla a modo de silencioso reto.

—Elisa de Tiro, la primera reina de Cartago.

—Ah, claro... —dijo con tono de autorreproche—. La princesa fenicia.

—Empecé el libro con la intención de apoyar el derecho femenino al sufragio —prosiguió.

—En esta casa somos sufragistas —explicó el conde—. Defendemos el derecho al voto de las mujeres y a la igualdad respecto a los hombres en todos los aspectos de la vida, y sobre todo en el matrimonio.

O sea, que el hecho de que la hija expresara opiniones políticas en una cena formal era algo que el conde apoyaba. Personalmente, Elías habría preferido mantener la conversación en tópicos como el tiempo o el vino, pero dónde fueres, haz lo que vieres...

—Nuestros oponentes defienden el que las mujeres permanezcan al margen de la esfera pública, recluidas en el hogar y sin derechos, debido a que las consideran demasiado irracionales y tendentes a perder el control y a dejarse llevar por las emociones. Lo cual ni que decir tiene excluye la participación en la política —continuó lady Catriona—. Yo pensaba, ahora reconozco que muy ingenuamente, que si podía acumular pruebas suficientes, negro sobre blanco, de que muchas mujeres habían sido capaces de liderar naciones y realizar trabajos intelectuales de relevancia desde hace muchos milenios, ya no habría base lógica para esas argumentaciones acerca de la, digamos, «inferioridad» femenina.

—Lo que dice, más que ingenuo, me suena rotundamente lógico.

La joven curvó los labios en una sonrisa sin humor.

—Señor Khoury, el problema es que la gente no está interesada ni en los hechos ni en la lógica, sobre todo cuando interfieren con sus convicciones o sus intereses. Enseguida me di cuenta de que muchos maridos británicos se sentirían muy incómodas con la presencia de un igual en su propia casa. Y rechazarían mi trabajo.

En esos momentos irradiaba una gran intensidad, tanto que el brillo de sus ojos parecía iluminar la habitación, que se encontraba casi en penumbra.

—No es posible predecir a quién podría convencer su trabajo —razonó.

—Es posible —concedió—. Pero el pasado siempre ha sido el mejor predictor del futuro. El problema no es que falten ejemplos sobre la capacidad de las mujeres, sino más bien la falta de voluntad a la hora de reconocer nuestras aportaciones. Las mujeres han sido objeto, ya en aquellos tiempos, de numerosos estudios. Los investigadores están bastante obsesionados con nosotras. En la Antigua Grecia aún se preguntaban si la mujer tenía alma, y si era capaz de pensar con racionalidad... resumiendo, no tenían claro si «esos» seres humanos eran útiles para algo más que no fuera la pura y simple procreación.

Elías estuvo a punto de atragantarse.

—Mucha teoría y mucha elucubración —concluyó la dama encogiéndose de hombros—, cuando lo que podrían haber hecho era escuchar lo que las mujeres tenían que decir, ni más ni menos. Aunque igual esa idea es demasiado radical...

Elías se aclaró la garganta, aunque no consiguió evitar del todo la ronquera.
—Su opinión sobre los hombres es bastante pobre.

Lady Catriona inclinó la cabeza, como si se lo estuviera pensando.

—En realidad no —dijo por fin—. Es la especie humana en su conjunto la que me parece decepcionante.

No pudo evitar reírse.

—La misma misantropía con todos —resumió—. Justo y equitativo.

Negó con la cabeza mirándola, intrigado y con cierto desasosiego. Estaba claro, quería desagradarle. «¿Todavía no te he causado suficiente estupor?», indicaba su mirada. Las mejillas se le habían coloreado de forma apreciable, y el tono rubí del vino Ksara refulgía sobre el carnosos labio inferior. Inopinadamente, el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. La mujer del lago estaba allí de nuevo. Era como un río de montaña en invierno: un fuego helado, una poderosa corriente bajo la tranquila superficie. De intentar vadearlo sin un plan específico, un hombre se encontraría con muchas dificultades. Una pena que la tendencia innata de su naturaleza fuera precisamente la que lo empujara a enfrentarse a los retos y a buscar soluciones, costara lo que costase. Fijó la mirada en ella.

«No te pongas a la defensiva», intentó transmitirle con la mirada. «No soy ninguna amenaza para ti». Seguro que, pasado bastante tiempo, seguiría soñando con su cuerpo desnudo, pero no forzaría la situación en absoluto para intentar conseguirla, dado que, desde todos los puntos de vista, era algo impensable...

—¡Magnífico! —dijo el conde, rompiendo la creciente tensión como el estallido del trueno en una tormenta—. Un intercambio de lo más estimulante, debo decir.

Con una sacudida, Elías se dio cuenta de que estaba inclinado hacia la dama, y que también había acercado las manos en su dirección.

—Nos gustan las conversaciones intensas en la cena —prosiguió Wester Ross—, y rara vez veo a mi hija tan a gusto con nuestros invitados.

La flagrante mala interpretación del noble hizo que los engranajes del cerebro de Elías casi chirriaran. El joven hizo un movimiento evasivo para recuperar una postura adecuada.

—Lo cual resulta de lo más conveniente, e incluso afortunado —insistió el conde, mientras miraba alternativamente a su hija y a Elías—, ya que tengo una proposición que hacerles a ambos.

Lady Catriona se quedó helada. Y Elías, con la mente en blanco.

—Hoy Middleton ha aceptado reconsiderar la venta del terreno —dijo el conde mirando a su hija.

—¡Vaya! —reaccionó lady Catriona tras una pausa—. Menuda noticia.

—Al parecer, se ha separado de lady Middleton.

—MacKenzie me lo mencionó, sí.

—Sospecho que, debido a ello, necesita generar más fondos, para que lady Middleton viva por su cuenta en Londres.

Lady Catriona arrugó el entrecejo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el señor Khoury y yo?

Desde luego, ¿qué tiene que ver?

—Voy a tener que dedicarme a la transacción con Middleton, así que sugiero que seas tú quien acompañe a Oxford al señor Khoury en lugar de hacerlo yo.

—¿Cómo? —exclamó la dama. Parecía anonadada.

—Estás tan especializada como yo, y los colegas del St. John's te tienen en muy alta estima —dijo su padre—. Puedes presentar al señor Khoury, instruirle e incluso ayudarle a clasificar las piezas arqueológicas. Yo llegaré tan pronto como pueda.

Lady Catriona torció el gesto.

—¿La venta no puede esperar? —preguntó sin convicción.

El conde se quitó los lentes y se frotó los ojos con el reverso de la mano.

—Middleton planea marcharse al extranjero, y tiene mucha prisa. Me da la impresión de que se trata de otra mujer. Perdona el cotilleo... —dijo dirigiéndose a Elías.

Normalmente, Elías habría dejado que fuera el hombre mayor, además estando en su casa y siendo su anfitrión, el que hiciera lo que creyera conveniente, sin aportar sugerencias por su parte, pero vio que lady Catriona apretaba el borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.

—Para mí no supone el más mínimo problema permanecer en Applecross un poco más de tiempo del previsto —le dijo a Wester Ross evitando cualquier rastro de frustración. Para ganarse la confianza y la ayuda del profesor, necesitaba pasar tiempo con él.

El conde inclinó la cabeza ligeramente.

—Se lo agradezco. No obstante, voy a estar ausente de la casa unos días, pues para cerrar el negocio he de trasladarme a Glasgow, y hasta quizás a Londres. Por otra parte, no es de nuestro interés suscitar la atención de los vecinos, ¿no les parece? Y menos teniendo en cuenta que lady Middleton va a integrarse en la sociedad londinense a corto plazo.

—Por supuesto que no —contestó Elías con gesto reflexivo, aunque quedaba fuera de su comprensión hasta qué punto viajar con la hija del conde sin acompañamiento podía resultar menos escandaloso que quedarse con ella a solas en el castillo—. Y si lady Catriona prefiere quedarse en Applecross, yo puedo viajar a Oxford por mi cuenta —sugirió.

—Le agradezco su oferta, señor Khoury —dijo el conde sonriendo—, pero la mayor parte de su trabajo se tiene que desarrollar en el Ashmolean. Creo que usted estará más cómodo en el museo, y que sus trabajos y estudios serán más eficientes si alguien asociado a la universidad le ayuda a manejarse con las trabas burocráticas y las idiosincrasias personales.

El tono y la postura del conde no habían cambiado en absoluto, pero estaba claro que a Elías no le iban a permitir quedarse sin supervisión en una sala llena de tesoros. El conde era desaliñado, pero no tenía un pelo de tonto. Durante toda la conversación se había movido con delicadeza y suavidad, como un peón, hasta conseguir transformarse en reina de forma inesperada. Jaque.

Elías le devolvió la sonrisa.

—Lo que usted decida.

Ambos se volvieron al mismo tiempo hacia lady Catriona.

La dama parecía traspasarlos con la mirada.

—Por lo que se ve, ya se han tomado todas las decisiones —dijo rompiendo un tenso silencio y masticando las palabras.

—Querida, hay otra opción —terció el conde—. Yo acompaño al señor Khoury, tal como estaba previsto, y tú negocias con Middleton. Y también con el honorable Charles.

La joven se puso aún más tensa.

—No —dijo en voz muy baja.

—Eso me imaginaba —confirmó el conde en un susurro. Le hizo una seña a uno de los criados para hacerle saber que podía servirse el último plato.

Lady Catriona dio cuenta del postre poco a poco y masticando con extrema lentitud, con la espalda recta como una tabla. Al parecer le habían dado a elegir entre lo malo y lo peor: Elías o el tal señor Charles. ¿Pero quién demonios era ese señor Charles?

Antes de que se retiraran los últimos platos de la mesa, la joven se quitó la servilleta del regazo y se levantó.

—Les ruego que me perdonen —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Tengo que ir a echar un vistazo a los corderos.

Y se marchó, con un paso tan rápido que la cabeza le subía y bajaba a cada zancada. El ruido sordo de las recias puertas al cerrarse resonó en el salón.

Wester Ross se volvió hacia Elías y lo miró con gesto indescifrable.

—Tiene mi palabra de que ella puede sustituirme perfectamente en Oxford —dijo—. Es mi mejor ayudante.

Y también una mujer, por supuesto, pensó Elías. «Y odia mi sola presencia», añadió solo para sí.

Tenía que averiguar dónde guardaban los Campbell el rebaño.